

GONZALO PÉREZ ASTRO CIENTÍFICO

El Triunfo de la Osadía

Entrevista de María Cristina Jurado a Gonzalo Pérez B.

Revista Caras

Revolucionario y exitoso, el terapeuta Gonzalo Pérez fue pionero en unir astrología y psicología clínica. Con sangre y sudor, convirtió su personal mirada en referente de la sanación en Chile. Mientras prepara su primer libro, aquí desgrana su historia.



Tiene ángel: es guapo, inteligente y se da aires, pero sin vanidad, lleva el aplomo como otros la chaqueta de jeans.

Tiene planes: lentamente abandona sus treinta años de consulta personal como sicólogo astrológico. Entre las paredes cálidas de su hogar en La Reina y los cristales de la casa en Tunquén -cómo no- se aboca a su nuevo interés, la escritura. Y prepara su primer libro, “El espejo cósmico: sombra y esplendor de los doce signos” que editará Catalonia en el 2007.

Tiene cuento. Gonzalo Pérez, 56 años y una vida de terapeuta jamás alejada del “glamour” -siempre ha estado un poco de moda- lleva medio siglo estudiando, investigando, probando.

No tiene miedo. Ya a los veinte emulaba a los “hippies” de Woodstock viviendo en comunidad con Los Blops y otros famosos en la preciosa casona que hoy es la Universidad SEK de Peñalolén. En total, cuarenta personas creciendo como seres humanos entre nubes y bosques. Era el principio de los ‘70 y casi se recibía de sicólogo en la Universidad de Chile, carrera que eligió como cuarto hijo de un hogar librepensador y de educación vanguardista. Pérez se crió en una familia laica de clase media en la que siempre fue más importante el conocimiento que la plata, el apellido o el rango. El único dios de los Pérez era el saber. Mientras otros niños de los ‘60 se embobaban con la recién llegada televisión, él y sus hermanos pintaban biombos, armaban puzzles o componían obras de teatro. Así creció. Estudiar en el Liceo Manuel de Salas, de corte liberal, cayó de cajón. Despierto y férreamente formado, Gonzalo se aplicó a las materias y fue exitoso en todas. “Tuve una vocación muy fuerte por las letras, pero la ciencia también me fascinaba. Fue natural que desembocara en Psicología, que conjugaba humanismo y matemáticas”. No olvida a su profesor Luis Rubilar, filósofo que lo marcó en el Manuel de Salas y a quien coloca hoy

en el podio de sus maestros, junto a Lola Hoffmann y “Carlos Gustavo”, como llama con jocosa familiaridad a Jung. “Por esas sincronías mágicas, los dos estamos de cumpleaños el 26 de julio. Somos Leo, cuando nací en 1950, él celebraba sus 75”.

Pérez, complejo e hipersensible, hace esfuerzos por no esconder las verdades de su vida: “Soy depresivo endógeno. Toda mi vida tuve síntomas marcados y sufría, pero me diagnosticaron hace muy poco. Durante años funcionaba a mil como terapeuta pero en la intimidad de mi familia o solo, me encerraba como ostra. Me sentía estallar entre mil contradicciones. Un día en que constaté que mi mundo estaba casi perfecto y todo en armonía, me preocupé. Porque mi ánimo seguía en un profundo hoyo negro a pesar de haber agotado los recursos meditativos y de ejercicios físicos. Vi a un amigo siquiátra, quien me recetó por primera vez antidepresivos. No puedo creer la diferencia, ¡tantos años sufriendo sin saber porqué! Las más felices son mi mujer y mi hija. Una pastillita nos cambió la vida”.

EL SEXO LE ABRIÓ LAS COMPUERTAS DE LA PERCEPCIÓN A LOS 17. “Mi primera relación seria con una compañera de universidad me hizo explotar la cabeza, me la reventó. Ahora entiendo que fueron expansiones del estado de conciencia, pero entonces no sabía. A través del amor y el sexo ambos empezamos a percibir la realidad de otra forma, una sensación parecida a la descrita con mescalina. Los colores se abrillantaban, encontrábamos maravillosos a los pasajeros de la micro”. El destape mental lo condujo a nuevas y profundas interrogantes:

-La psicología que estudiaba no me explicaba los fenómenos profundos y sensoriales que vivía diariamente. Nunca le hicimos a la droga, pero la sensación era parecida. Mi vida se convirtió en un pozo de preguntas sin respuesta.

El pololeo se le terminó a los tres años, pero la mente le quedó abierta como un abanico. “Comencé una intensa búsqueda y me di cuenta de que mis preguntas no estaban respondidas en la psicología oficial, si no descritas en las tradiciones esotéricas”. La respuesta a su angustia existencial la encontró en la escuela de sabiduría del maestro boliviano Oscar Ichazo. “Di por fin con lo sagrado, lo esencialmente místico, que no conocía por mi falta de formación religiosa. Aprendí a meditar, conocí chacras, mantras, mandalas y otras aristas de las disciplinas orientales, en las cuales Ichazo era un experto. Hice yoga veinte años, todavía practico ejercicios y medito diariamente”.

Descubrir la escuela boliviana de conocimiento lo marcó a fuego. Junto al aprendizaje de estas tecnologías de Oriente, terminó su carrera. “Tuve suerte. Entré a hacer la práctica a la Clínica Psiquiátrica de la Universidad de Chile, donde me acogieron prestigiosos profesionales como Jorge Sapiaín y Rafael Parada. En ese momento recién llegaban a Chile la Gestalt y la psicología humanista, y yo me había convertido en experto en estas técnicas desde lo esotérico. Les fui muy útil por mi doble saber: me convertí en uno de los

pioneros en sicoterapia grupal y trabajamos juntos por años, una tremenda experiencia. Recién a los 30 abrí mi consulta privada”.

Gonzalo había abierto la brecha para lo que sería en el futuro su máximo aporte al campo de la mente en Chile: la unión profunda entre la psicología formal y el estudio y aplicación de lo que él llama “la psicología de la antigüedad”: la astrología. Por ahí, como al desgaire, penetró su nueva mirada, que lo convirtió en uno de los terapeutas más originales de este país.

Y CONOCIÓ A LA CÉLEBRE LOLA HOFFMAN Y EL MUNDO SE LE DIO VUELTA OTRA VEZ. El tenía 24, ella, 70, y la empatía fue inmediata. Lola le enseñó tarot y le abrió la compuerta al principal descubrimiento en su vida: la astrología nueva en su versión inglesa, que Liz Green comenzaba a hacer célebre desde Londres.

-Fue un remezón deslumbrante. En Gran Bretaña, los psicólogos, psiquiatras y terapeutas de tradición psicoanalítica habían redescubierto el tema y creado la “astrología psicológica”. Cuando me la comí, a mediados de los ‘70, era pan caliente... Había toda una escuela que empezó con Carlos Gustavo Jung. Me di cuenta de que yo buscaba en la Escuela de Psicología el modelo interior del ser humano y nunca lo había encontrado. Mis estudios fueron muy útiles para la práctica, para la acción, pero nunca me mostraron una teoría comprensiva de lo humano. La psicología carece de un modelo platónico que integre todo. Eso lo hallé, gracias a Lola, en la astrología inglesa.

Nunca más la dejó.

-Hasta hoy, mi manera de enfrentar los temas esotéricos y experiencias humanas es la de un científico. La astrología puede ser muy bella pero desde el principio tuve que comprobar su solidez racional, investigar si tenía asidero. El mejor ejemplo es la Carta Astral: allí está el diseño de toda tu vida y uno ve como este diseño se va moviendo año a año. Comprobar si es cierto es fácil, basta con comparar lo que te ha pasado con lo que aparece en el mapa. Te aseguro que, si está hecha seriamente, las coincidencias son casi totales. En lo personal, mi carta me iluminó todas las contradicciones y oscuridades de mí mismo. Por ejemplo, me costó mucho comprometerme con mi mujer, después de ese primer romance tan fuerte, estuve quince años como “free lancer” sentimental...

Pérez deja claro que su “approach” como terapeuta siempre ha sido y sigue siendo la del psicólogo. “Yo era muy feliz con mi praxis porque la forma en que yo he practicado la psicología es bastante revolucionaria. Hasta entonces sólo miraba a la astrología como una pasión científica para estudiar al ser humano. Un día, una amiga me abrió los ojos. Me dijo que si no empezaba a cobrar por las cartas astrales, nunca las iba a leer en serio”.

Nunca olvidó la iluminación de Lola Hoffmann, quien lo conectó a la tradición europea y, sobre todo, a su maestro, Jung. Gonzalo Pérez lleva más de treinta

años en su senda, aplicando sus postulados: que el inconsciente humano está lleno de monstruos, pero también anidan en él lo divino, lo sagrado y la llave hacia la plenitud y la felicidad.

“LA ASTROLOGÍA ESTUVO SIGLOS EN EL BASURERO. Desprestigiada, mirada en menos. El racionalismo y Descartes la tiraron al tacho. Sin embargo, en la Antigüedad cumplía la función de las actuales ciencias psicológicas. Por medio de ella se entendía y sanaba el alma humana, en correlación con lo cósmico. Para los babilonios, griegos, romanos, egipcios y medievales, el alma humana y el cosmos era un solo cuento. ¡El Renacimiento fue pura astrología!”.
-¿Y a usted lo han criticado por aplicarla?

-Imagínate, de todas maneras. Nunca me han llegado críticas directas, sólo rumores. Son los viejos prejuicios de gente que no entiende que puede hacerse muy en serio, que no es charlatanería. Hoy en Chile hay una generación nueva de sicólogos astrológicos que está en los 30 años. Y hay asociaciones internacionales en todo el mundo.

Con ganas de ir bajando las revoluciones y gozar más su casa de Tunquén, Gonzalo se ha abocado a la escritura. “El espejo cósmico: sombra y esplendor de los doce signos” saldrá a la luz en el 2007. “Quiero hacer menos terapia y dar más conferencias. Estoy potenciando una plataforma intelectual más cuidada con este fin. Mi libro es una serie de miradas útiles sobre la vida interior, el alma y las relaciones humanas a través de los doce signos. Enfoco su misterio y voy explicándolos. Investigué por qué es que miles de millones de personas en todo el mundo piensan y clasifican su vida de acuerdo al signo que les tocó. Hablamos de personas que nada saben de astrología... es un misterio”.

-Hay muchos libros de signos. ¿Cuál es su aporte?

-Muchos. Desmitifico la relación entre el carácter y el signo: más del 70% de los nativos de un signo no coinciden con sus características. Mi libro examina el mito. En mi caso personal, mi forma de ser es Acuario -intelectual, científica- pero mi carrera profesional es completamente Leo, única, prestigiada, iluminada.

Aplicando su conocimiento a Chile, Gonzalo ve al 2006 como el gran año de la ‘recaída en nuestra depresión nacional’. En cambio, el 2007 se vislumbra despejado y esperanzado. “En Chile cambiaremos de ánimo, viene el optimismo”.

Él, por lo pronto, se apresta a continuar su senda con vigor.